Crítica para los pibes

AÑO II BUENOS AIRES, Miércoles 16 de Febrero de 1927 No. 75

PORTE INFANTIL (muy difundido).—La caza al nido de gorriones bajo la galería de casa.

RECUERDOS HISTORICOS

Los disturbios de la Fronda—

A la muerte de Luis XIII, ocurrida al año siguiente (1643) de la del cardenal Richelieu, sucedió en Francia un período de perturbaciones promovidas por un partido de descontentos compuesto de gente de todas procedencias, que se proponía derribar al cardenal Mazarino, ministro italiano nombrado por Ana de Austria, viuda del difunto monarca, y hombre que demostró poseer excepcionales condiciones para el gobierno. A ese partido, que se llamó de la Fronda (por el vocablo con que se designa la "honda" en lengua francesa), estaban afiliados varios príncipes y personajes ilustres; pero la rebelión, que tuvo caracteres muy poco serios, habiendo consistido más que en verdadera guerra, en intrigas de corte, en pasquines, en sátiras, en tumultos populares sin consecuencias, y en actos de insubordinación del tribunal jurídico a que en Francia se daba el nombre Parlamento, acabó por ser dominada por Mazarino, quien durante la minoridad de Luis XIV, y aun varios años despues de ella, gobernó como ministro omnipotente el reino (1653).


CRONWELL

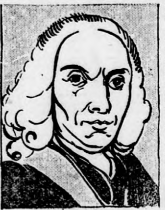
Poder absoluto de Luis XIV—

Por la paz de los Pirineos, que ajustó Mazarino con España, contrajo matrimonio Luis XIV con María Teresa, hija de Felipe IV (1659); pero Mazarino siguió ejerciendo la autoridad suprema hasta su muerte en 1661, siendo entonces cuando verdaderamente comenzó a reinar Luis XIV con poder tan absoluto como ningún monarca de Francia ni de Europa lo había ejercido hasta entonces. Ninguna entidad había en el reino que pudiera, no ya oponerse, pero ni hacer la más leve sombra a su autoridad soberana. La nobleza guerrera de la Francia feudal había desaparecido por completo, no quedando como restos de ella sino unos cuantos personajes acaudalados que tenían a mucha honra desempeñar cargos palatinos, y muchos pequeños propietarios esparcidos por el reino sin fuerza propia ni trabazón entre sí, que hacían consistir la nobleza en pomposos títulos y en vanas prerrogativas sobre la masa común del pueblo; los antiguos municipios llamados allí "comunes", cuyos privilegios habían caído también en desuso, o estaban reducidos a meras fórmulas, carecían también de fuerza material para imponerse; los Estados o asambleas habían venido a ser en Francia, como en otras naciones, corporaciones serviles que se limitaban a pedir humildemente lo que en otros tiempos exigían en uso de su propio derecho. Al Parlamento de París, única corporación que parecía haber conservado alguna iniciativa e independencia le impuso el rey silencio con el látigo en la mano poco después de la muerte de Mazarino. El rey de Francia podía imponer tributos a sus súbditos sin consultarlos, lo que se consideraba todavía inadmisible en otros reinos, y particularmente en Inglaterra y en España, donde no mucho antes las Cortes catalanas habían negado a Felipe IV los subsidios que había solicitado de ellas. El fundamento de esa situación estaba principalmente en las ideas reinantes, que atribuían autoridad incontestable y omnipotente al soberano. Así cuando después de muerto Mazarino preguntaron a Luis XIV los oficiales de la corte a quien habrían de dirigirse en adelante, contestó el monarca: "a mí", así como podía decir sencillamente, sin poner en sus palabras el énfasis que algunos han supuesto que él mismo era el Estado, porque no fué el Estado quien le dió el Poder que tenía sino él, quien al crear ese poder, pudo dar ocasión a que el Estado se lo apropiara en lo futuro, que en ese hecho consistió en sustancia la revolución francesa del siglo siguiente .

Grandeza de Francia durante el reinado de Luis XIV—

El reinado de Luis XIV es el más glorioso de la historia de Francia. Sostenía un ejército permanente numerosísimo que le daba enorme preponderancia en Europa, donde nadie aun los tenía, pudiendo decirse que datan de su tiempo y que fueron establecidos a imitación del suyo. La facultad que los reyes de Francia se habían atribuído de imponer contribuciones a sus súbditos por su sola autoridad, le permitía disponer de sumas que estaban muy fuera del alcance de los demás soberanos.

Durante su largo reinado, que se prolongó hasta el año 15 del siglo siguiente, sostuvo muchas guerras contra diversas coaliciones europeas, y aunque no fué afortunado en las últimas de ellas, ensanchó notablemente los límites de sus dominios. De entonces data la anexión a Francia de una parte de Flandes, del Franco Condado y de las provincias de Alsacia y Lorena. Impuso a España su dinastía, a pesar de los reveses que las potencias coaligadas infligieron a sus ejércitos en la guerra por la sucesión de Carlos II de España. Suelen muchos historiadores hacer cargos a Luis XIV por la revocación del edicto que su abuelo Enrique IV había promulgado en Nantes en favor de los hugonotes de su reino. Aunque el número de protestantes franceses había disminuído muchísimo desde el tiempo de Enrique IV, todavía esa medida de Luis XIV hizo emigrar de Francia a unas 100.000 personas, muchas de las cuales llevaron a Inglaterra, Holanda y otros países, con perjuicio de Francia, el ejercicio de varias artes e industrias.


FELIPE V

Cubrióse Francia en ese reinado de monumentos notables y de obras de utilidad pública, como canales, caminos, puertos y arsenales; su marina adquirió grandísimo desarrollo, y sus fronteras se cubrieron de una triple línea de fortalezas inexpugnables. Al mismo tiempo un número increíble de escritores, artistas y hombres ilustres en diversos ramos del saber y de la actividad humana daban a Francia el primer lugar de Europa, imponían su lengua, sus modas, sus instituciones y sus costumbres, que todos trataban de copiar o imitar. Del reinado de Luis XIV data la extraordinaria divulgación y el predominio de la lengua y literatura francesa en Europa, que, aunque no en tan gran medida como antes, todavía subsisten.

La Gran Bretaña en la segunda mitad del siglo XV—

Al regicidio jurídico perpetrado en 1649 y a las guerras que le siguieron, en que venció Cromwell a los presbiterianos escoceses y a los católicos irlandeses que se le habían sublevado, sucedió la disolución del Parlamento por la fuerza, hecho a que acompañó Cromwell el escarnio de cerrar y poner en alquiler el local en que se celebraban las sesiones, y su proclamación de jefe supremo con el nombre de "protector" (1653).

Toda su tiranía se la ha disculpado a Cromwell la Historia, por el buen uso que de ella hizo y por la grandeza de su talento. Cierto es que constituyó un Parlamento cuyos dos brazos, el de los grandes y el de los comunes, sólo se componían de amigos o servidores suyos, que obedecían sumisamente sus órdenes, Parlamento que proclamó el protectorado hereditario en su familia, y que hasta le ofreció el título de rey, que él no quiso usar; pero también hay que reconocer que bajo su protectorado alcanzó la nación inglesa una prosperidad y una gloria que la pusieron a grandísima altura.

Los holandeses tuvieron que reconocer la supremacía de su bandera; Dinamarca, Portugal, Transilvania, Polonia, Génova, Francia y España, o le felicitaron, o buscaron su amistad y protección, o se le humillaron para no tenerlo por adversario. Murió en 1658, dejando las riendas de un poder que sólo con su genio podía ejercerse a su hijo Ricardo, a quien se le cayeron de las manos. El general Monck, gobernador de Escocia, puso fin al período de anarquía que siguió a la muerte de Cronwell, devolviendo al Parlamento, que volvió a convocar después de disuelto el que el Protector había establecido, los 140 miembros presbiterianos que habían sido expulsados en 1648. Ese Parlamento puso en el trono a Carlos II, hijo del monarca anterior (1660).

Al principio fué muy bien recibida por el pueblo inglés la antigua dinastía; pero las tendencias absolutistas y poco evangélicas de Carlos II y de su sucesor Jaime II, y, sobre todo, el haberse manifestado este último partidario de la libertad de cultos, libertad muy del agrado de los puritanos cuando podía favorecerles, pero que les repugnaba tanto a ellos como a los partidarios de la Iglesia oficial cuando comprendieron que favorecería a los católicos, se la hicieron odiosa. Guillermo de Orange, marido de María, hija de Jaime II, aprovechó la impopularidad de su suegro para crearse partidarios en Inglaterra, y en 1688 desembarcó en sus costas con un ejército de 15.000 hombres, siendo muy bien acogido. Jaime II huyó al continente, y el stathuder de Holanda gobernó a Inglaterra y a Escocia con el nombre de Guillermo III. Fué hombre de gran talento y enemigo a muerte de Luis XIV de Francia, contra quien logró armar varias coaliciones de naciones de Europa, la más formidable de las cuales fue la llamada Grande Alianza, que sostuvo la guerra de Sucesion, pero cuyos resultados no logró ver Guillermo, por haber muerto en 1702 de una caída de caballo. Para captarse las simpatías de la nación inglesa firmó la célebre "declaración de derechos", base de la Constitución de ese reino. Según ella, el rey no puede legislar, y necesita del consentimiento del Parlamento para establecer y cobrar los tributos y para levantar y sostener un ejército. Las elecciones de los miembros del Parlamento son libres, se garantiza completa independencia a las discusiones parlamentarias, y todos los ingleses tienen el derecho de petición. El rey convoca, prorroga y disuelve el Parlamento, sanciona los decretos, elige los miembros de su consejo privado, confiere los altos cargos civiles, militares y eclesiásticos, declara la guerra o hace la paz, celebra tratados de alianza o de comercio y administra la justicia. Muerta María, que era la verdadera soberana, siguió Guillermo, no obstante, ejerciendo el gobierno, no sin cierta hostilidad de parte del Parlamento, que le quitó su guardia holandesa y no le dejó tener en pie un ejército permanente. Como no dejó hijos, le sucedió su cuñada Ana, segunda hija de Jaime II, la cual reinó desde 1702 hasta 1714. No sólo fué notable el reinado de Ana por las victorias que obtuvo en el continente su general Marlborough en la guerra de Sucesión, sino por haberse reunido entonces las dos coronas de Inglaterra y Escocia, que, por más que estuvieran juntas en una sola cabeza desde Jaime I, no llegaron a formar una sola hasta que dejaron de reunirse Cortes independientes en cada uno de esos reinos y hubo sólo unas, a que asistían juntos los pares y diputados de ambos.

CARLOS II

España desde la guerra de Sucesión hasta los últimos años del siglo XVIII—

A la muerte de Carlos II en 1700 quedó España en el estado más lamentable. Las guerras de los dos siglos anteriores y la mala administración habían mermado extraordinariamente su población, y su riqueza y acabado con sus fuerzas navales.

Carlos II había declarado en su testamento heredero de sus Estados a Felipe de Anjou, hijo del difunto delfín de Francia y nieto de Luis XIV y de María Teresa de Austria. Ante el formidable poder que la incorporación en la casa de Francia de los Estados del rey de España iba a adquirir Luis XIV, se coaligaron contra él varias potencias de Europa a instigación de Guillermo de Orange, que ya en ese tiempo se había hecho rey de Inglaterra y de Escocia. En esa confederación comenzaron por no entrar con Holanda e Inglaterra, que gobernaba Guillermo, sino Dinamarca y el imperio de Alemania; pero fueron acudiendo sucesivamente Federico de Prusia, a condición de que se le reconociese el título de rey, los príncipes más importantes de Alemania, y los reyes de Portugal, Suecia y Saboya. En la misma España contaba el archiduque Carlos de Austria, aspirante a la herencia de Carlos II y competidor de Felipe, con la adhesión de varias provincias importantes, especialmente las pertenecientes a la corona de Aragón.


LUIS XIV

Esa guerra de Sucesión de España tuvo por teatro, tanto los territorios cuya herencia se disputaba como el centro de Europa y todos los mares del mundo. En ella se distinguieron por parte de los ejércitos de la coalición, Marlborough y el príncipe Eugenio de Saboya, y por la de Luis XIV, Vendome y Berwick. La causa de Luis XIV estaba casi perdida en 1709. El viejo monarca tuvo que humillarse a pedir la paz; pero en vista de la dureza de las condiciones que le imponían los coaligados, se decidió a proseguir la guerra. La sangrienta derrota que sus ejércitos sufrieron en Malplaquet lo obligaron de nuevo a humillarse, resignándose esta vez a reconocer el archiduque Carlos como rey de España, y hasta a dar dinero para echar de ella a su nieto Felipe; pero como todavía le exigiesen más los confederados, desesperado Luis XIV, mandó a Vendome a España, el cual tuvo la suerte de ganar la batalla de Villaviciosa, que mejoró algo su situación; pero lo que verdaderamente salvó a Luis XIV y a su nieto fué la muerte del emperador de Alemania José I y la exaltación del archiduque Carlos al trono imperial, pues comprendiendo los aliados que la reunión de las coronas de España y Alemania en las sienes del archiduque destruiría tanto o más el equilibrio europeo que la de las coronas de Francia y España en la familia de Luis XIV, concertaron la paz de Utrecht en 1713, en la que se estableció como condición que no pertenecerían a un solo príncipe en ningún caso las coronas de España y Francia.

El reinado de Felipe V en España es notable por haberse verificado en él la reunión de las coronas de Castilla, Aragón, Cataluña y Valencia, que hasta entonces habían estado separadas, por más que desde el emperador Carlos V las ciñese un solo soberano. No hubo, en adelante Cortes de Castilla, por una parte, y de Aragón, Cataluña y Valencia, por otra, sino unas solas, a que asistían reunidos los diputados de todas esas provincias, suceso análogo al ocurrido hacia el mismo tiempo en la Gran Bretaña con las coronas de Inglaterra y Escocia.

Reinó Felipe V en España hasta 1746, año de su muerte

LA LEY DEL EMBUDO

La esposa. — ¿Dime, lindo? ¿qué harías si te quedaras viudo?

El esposo. — Pues supongo que haría lo mismo que tú.

La esposa. — ¡Ah, infiel, tú que siempre me dices que no volverías a casarte!

DOS ARTISTAS, por Celia Marín de Basavilbaso

EN el atardecer de un día en que el calor había hecho sufrir a la gente trabajadora, llegaba a la Boca del Riachuelo, un muchacho que no contaba aún doce años pregonando su mercancía, pues deseaba terminar de venderla antes de volver a su casa. Pobre, muy pobre, él sabía que aquéllo que él ganaba hacía falta.

Se acercó a una barca vieja y grande cargada de carbón.

Vió algunos obreros que encendían su pipa con el saco al hombro en actitud de descender para ir a reposar. Se acercó y gritando dijo:

—"¿Quién quiere comprarme estas dos últimas, para ir yo también a descansar?" ¡Yo!, dijo un buen hombre que descendía, al mismo tiempo que llamaba: "Benito, Benito, vamos a casa".

Compróle las dos últimas ristras, lo acarició benévolamente y díjole:

—"Pobrecito muchacho, tú también tienes que ganarte la vida, tan pequeño, ¿eh? "Así es", contestó el vendedor. Guardó el dinero y se dispuso a retirarse, pero el obrero continuaba llamando: "¡Benito!". Entonces miró a su alrededor y vió que, a un costado de la barca estaba sentado en un tronco de leña un muchacho más o menos de su edad, que, con un pedazo de carbón había dibujado un barco grande y viejo donde se veían pilas de carbón altísimas; y a los trabajadores, que, con las carretillas llenas, o las bolsas al hombro bajaban cargando los carros y volvían a subir en actitud de repetir la operación.

Después de contemplar un instante lo bien trazado que estaba aquel barco, se acercó a él y le dijo: ¿Cómo te llamas? "Benito" testó el muchacho, que no sólo tenía las manos negras de carbón, sinó la cara. Se volvió al oír llamar "¡Benito!"

—¿Ves? Desde hace un rato te están llamando, ¿es tu papá?

—Sí... contestó al mismo tiempo que respondía: ¡Allá voy!. — ¡Ven hijo, que es tarde!

Los dos muchachos se miraron, diéronse la mano y el que había vendido las ristras, dijo: "Yo me llamo Agustín, mañana tomaré este radio y voy a volver". — "Sí, pero mira, después de las cinco me vas a encontrar por aquí, antes nó porque tengo que trabajar arriba en cargar, ¿sabes?" — ¡Ah sí!... ¿tú también trabajas? — "¡Ya lo creo!" pero cuando puedo salgo del barco y vengo a dibujar. — "Yo también, si consigo un buen pedacito de madera, hago con mi cortaplumas, una mano o una cara... en fin, algo"...

Los dos muchachos sonrientes, felices de la nueva amistad, dijéronse:

—"¡Hasta mañana!".

Al día siguiente, Benito apresuraba más que nunca, su ruda faena, a fin de que a las cinco le dieran permiso para bajar del barco.

¡Espera inútil aquella tarde!, el amigo no apareció.

Empezó a dibujar con su carboncito como él lo llamaba, pero estaba muy distraído, a cada instante desviaba la vista mirando aquí o allá sin resultado; se acercaba la hora de retirarse y el amigo no aparecía. A las seis el padre empezó a llamar: — "Benito, vamos". Aquél día no se hizo repetir el llamado, en seguida contestó: "¡Allá voy!" — y se fué con su blusa al hombro, cabizbajo.

En el camino el padre le preguntó:

"¿Qué tienes chiquillo?" ¿Hoy no me cuentas si has pintado tu cuarto o quinto barco? "No tengo deseos de hablar". Mira, aquél muchacho de ayer... ¿recuerdas? "Ah, sí, ¿qué le pasó? "No, nada... no sé... me dijo que hoy volvía, lo esperé. . y no llegó"...

—"¡Ah, bah!, no te preocupes, volverá mañana o pasado; el pobre tiene que ganarse la vida! Vamos, apura el paso, que siento apetito.

Benito tomó de la mano al viejo y silbando trató de seguir al padre, más ligero.

Al llegar a la pobre morada, ambos hicieron un poco de higiene y dispusiéronse a comer. Benito acostumbraba después salir a la vereda a charlar con sus compañeros, mientras el padre sentado en el pequeño patio fumaba en su pipa y la madre ponía en orden la vajilla; pero aquélla noche no salió a la puerta: él también, sentóse al lado de su padre y al rato se quedó dormido.

El viejo lo contempló con gran cariño un rato, le acarició el cabello negro y ondulado y exhalando un suspiro muy hondo, exclamó: ¡Pobrecito! y levantando la vista al cielo, suplicó: "Ampáralo y protégelo señor, y dame fuerzas para verlo hecho un hombre, y pueda ganarse sólo la vida, si yo le falto". Dicho ésto, llamó con dulzura al muchacho y díjole: ¡Acuéstate, hasta mañana! Benito aquella noche se desveló y despierto empezó a soñar:

Creyó tener ante sí una gran tela y una paleta llena de hermosos colores; creyó ver las hermosas nubes que él admiraba en el cielo al ponerse el sol.

A las cuatro de la mañana, su padre lo despertaba para tomar café y prepararse a la dura jornada. El lo hacía con placer, pues en verano veía salir el sol, y se quedaba ratos largos observando los diferentes coloridos que se iban formando antes de que el sol saliera por completo e iluminara a toda la ciudad con sus rayos.

El soñaba con poder encontrar esos colores y pintar, pintar algo que llamara la atención, ¿Pero cómo? ¿cuándo?... ¡Si eran tan pobres!...

Una tarde iba a empezar su dibujo con más ahinco y voluntad cuando oyó el grito de un muchacho que decía: "¿Quieren comprar?" se levantó y vió a su amigo que al misto tiempo que él, lo saludaba desde alguna distancia con la mano.

Cuando estuvieron cerca, Benito to le dijo: "¿Por qué te has perdido estos días? mucho te esperé".

Agustín contestóle: —"¿Sabes? Trabajé mucho andando por esas calles, y luego llegaba muy cansado; además mira, esto lo hice a ratos perdidos, ¿te gusta?" — al mismo tiempo sacó de su bolsillo una cabecita de niña hecha en madera.

Benito la tomó, la examinó y díjole:

—¡Qué bien hecha! ¿Y por qué vendes esa mercancía en vez de hacer cabecitas tan lindas?

—¿Te parece que es linda? ¿que está bien?.

—¡Sí, muy bien!

—Y tú, ¿qué haces ahora?

—Siempre barcos negros, hasta que tenga plata y pueda comprar alguna tela y colores.

Conversaron un rato largo estrechando más su amistad y comprendiendo que ambos tenían alma de artista, prometiéronse mutuamente verse todos los días festivos allí.

Así fué. Todos los domingos, durante algún tiempo se reunían los dos amigos, pero no para pasear, ni divertirse, sino para conversar sobre el arte que germinaba con fuerza en sus almas!

El tema principal era tener, reunir dinero para comprar material, estudiar y trabajar.

Siguieron viéndose por mucho tiempo. Ya no eran dos niños; iban siendo dos jóvenes, y cada vez se sentían más atraídos uno por la pintura, el otro por la escultura.

Un buen día estaba Benito pintando su barco negro, cuando un señor alto de muy buen aspecto se paró ante él y despues de observarlo le dijo:

—Dime, ¿te agradaría pintar?

Benito, asustado, se levantó y haciéndole un saludo respondió:

—¡Oh, sí mucho! no pienso en otra cosa.

—¿Sabes leer?

—Sí señor; además este año empecé a ir de noche al colegio porque estoy un poco olvidado.

—¡Ah! muy bien. ¿Tienes a tu padre aquí?

—Sí, señor.

—Vete y llámalo.

Al llegar Benito y su padre, el desconocido examinaba desde más cerca el barco negro, y exclamaba:

—¡Pero muy bien, muy bien!

Se saludaron y el señor dijo:

—¿Quiere permitirme enseñe a su hijo el dibujo y la pintura?

Benito tomando de la mano al padre:

—¡Oh! sí, déjame aprender, me agrada tanto!

—No podrás trabajar.

—¿Cuánto gana por día?

—Poco, pero...

—Bien, durante un año yo le daré ese sueldo y algo más; desde mañana irá a mi casa todos los días de 2 a 6 de la tarde. ¿Convenido?

—Sí... sí señor.

Inútil describir la alegría de Benito. En aquella mente joven de una inteligencia inmensa pero poco cultivada, resplandecía una nueva luz, una alegría inmensa que no la ocultaba, pues reía, silbaba, hablaba mucho, contaba cuanto veía en la casa de su maestro y estudiaba, estudiaba con entusiasmo, quería ser algo en la vida.

Esperó el domingo próximo con ansias, para darle la noticia a su amigo Agustín.

A las 2 de la tarde ya se encontraban unidos los dos amigos, Agustín que ya sabía la noticia por el padre de Benito, abrazó a éste diciendo:

—Te felicito querido, de todo corazón, y te prevengo que desde mañana tiro las ristras, y yo también buscaré quien me enseñe a perfeccionarme en el arte que es toda mi ilusión, la escultura. Esto otro no es para mí.

—¡Bravo! —exclamó Benito—, ¡así me gusta! Mira, dame esa linda cabecita y se la enseñaré a mi maestro.

—No, —dijo Agustín— deja, yo tengo mi plan. El domingo cuando nos veamos te contaré algo; y mientras, tú estudia y procura adelantar.

—¡Oh! no temas, tengo verdadero cariño por el arte, y aprenderé pronto.

Los dos muchachos volviéronse a ver el siguiente domingo.

Agustín saludó a su amigo y dijo:

—Desde hace cuatro días estoy trabajando en un taller de ebanistas, y mucho se admiran mis patrones de la facilidad con que adelanto.

El otro día le enseñé la cabecita a uno de ellos y exclamó: —Bravo, muchacho, con el tiempo serás un artista; sigue, sigue en tu inclinación a modelar, no lo olvides, yo haré lo que pueda por ayudarte.

—¡Oh! Benito no te imaginas que contento estoy! Y tú, ¿adelantas?

—¡Oh! sí, mucho, estudio con pasión.

Los dos amigos siguieron platicando durante la tarde, y se despidieron felices con un "¡hasta el domingo!"

Y así siguieron durante algún tiempo, pero las circunstancias, y las vueltas de la vida los separaron por algunos años, sin tener noticias el uno del otro.

Hace algunos meses llegó de Europa Benito, después de haber presentado sus magníficos cuadros en París, Madrid y Roma, donde fueron admirados y fué consagrado por los grandes críticos y artistas extranjeros.

Agustín le había precedido cosechando triunfos bien merecidos.

Poco hace que Agustín presentó su tercera exposición. El público entendido desfiló admirado ante sus maravillas, y los sueltos de los periódicos empezaban diciendo: "La exposición de nuestro gran escultor".

El lector habrá adivinado que se trata del gran Riganelli y del no menos grande Quinquela Martín.

SINGULARES AVENTURAS...



del hombre que se obstinó en llegar "en automóvil" a su estansia en las sierras de La Rioja.

K A K A T



MATILDE tenía las orejas coloradas y relucientes, igual que las mejillas; rojas también las manos. Todo porque su aya Felisa acababa de lavarla, no de ese modo habitual que le deja a uno limpio y a gusto, sino con un lavado minucioso, de los que producen un ardor y un escozor tales que el paciente anhelaría ser un pobre niño salvaje para no saber nada, correr medio desnudo al aire libre y no meterse en el agua más que cuando sintiese calor. Matilde hubiera deseado pertenecer a una tribu salvaje, mejor que haber nacido en la ciudad.

—A los niños salvajes — decía — no se les lava minuciosamente las orejas, ni se les ponen vestidos que tiran por debajo de los brazos y pinchan en el cuello; verdad, Felisa?

Pero ella contestaba: ¡Qué tonterías dices! —y después añadía—: ¡Estate quieta, niña, por el amor de Dios!

Felisa era la niñera de Matilde, que muchas veces la encontraba molesta. Tenía razón la chiquilla cuando pensaba que los niños salvajes no llevan vestidos estrechos, y también es verdad que no los lavan excesivamente, ni los cepillan, ni los peinan, ni los calzan, ni menos les ponen los guantes y el sombrero para llevárselos en un ómnibus a Quintasería, a ver a tía-abuela Pilar. Tal iba a ser el sino de Matilde, según había dispuesto su madre. Felisa la había arreglado ya, y ella, sabiendo lo vana que sería toda resistencia, mostrábase sumisa.

Pero no habían consultado al Destino, y el Destino tenía otros proyectos relativos a ella.

Cuando estuvo abrochado el último botón de las botas de Matilde (el abrochador estaba siempre de malas, sobre todo si le daban prisa, y aquella vez dió un pellizco bastante cruel a la muchacha en una pierna), tiraron de la pobre criatura escaleras abajo, y la sentaron en una silla del recibimiento, a esperar a que Felisa se emperifollase.

—No tardaré ni un minuto. — había dicho el aya. Pero Matilde ya sabía lo que pasaba, y se sentó a esperar, con las piernas colgando, en postura lastimosa.

Ya había estado otras veces en casa de tía-abuela Pilar y sabía exactamente lo que iba a ocurrir. La preguntaría por sus lecciones, cuántos premios tenía y si había sido buena.

Me parece que las personas mayores no se dan cuenta de lo impertinentes que son tales preguntas. Figuráos que les contestáis de este modo: "Estoy la primera en mi clase, gracias, tiita, y he sido muy buena. Pero ocupémonos un poco de usted. Dígame, querida tía, ¿cuánto dinero tiene usted? ¿Ha reñido mucho a las criadas? ¿Ha tratado de mostrarse paciente y complaciente, como debe ser toda persona mayor?"

Ensayad este método con una tía vuestra la primera vez que os haga preguntas, y escribidme en seguida contándome la cara que pone.

Se sabía de memoria Matilde, cuáles iban a ser las preguntas de tía Pilar, y que, en cuanto ella contestara, le darían un bollito con granos de ajonjolí por encima y le dirían que se fuese con Felisa, para que le lavase otra vez cara y manos. Luego le mandarían de paseo al jardín, que tenía un senderito lleno de piedras y unos cuantos geranios, calceolarias y lobelias; pero no se podía coger nada. Un poco de ternera para comer, tres cortecitas de pan alrededor del plato y un budín de tapioca. Luego toda la tarde con un librote encuadernado, impreso en letra muy chica y con vidas de niños muertos en tierna edad porque eran demasiado buenos para seguir en este mundo.

Matilde daba vueltas en su asiento. Si hubiese estado un poco menos incómoda, se habría echado a llorar; pero tanto le tiraba y apretaba el vestido nuevo, que ni siquiera llorar le dejaba, ni pensar en otra cosa que en el daño que le hacía.

Cuando, por último, se presentó Felisa, le dijo:

—¡Vergüenza te debía dar esa cara tan aburrida!

—¡Si no lo estoy! — dijo Matilde.

—Sí que lo estás — replicó Felisa —; sabes quién eres y no aprecias lo que tienes.

—¡Si tía Pilar fuese tía de usted! — exclamó Matilde.

—¡Niña tonta, niña descarada! —gritó Felisa agarrando a Matilde por un brazo.

Matilde trató de largar un manotón a su aya, las dos bajaron la escalera, encolerizadas una contra otra. Por el camino, que no tenía nada de agradable, fueron a buscar el ómnibus, que tampoco tenía nada de agradable; Matilde iba dando hipidos.

Era Felisa, aunque irritable, muy cuidadosa; pero aun el más cuidadoso se descuida alguna vez, y aquella mañana tenía que equivocarse de ómnibus..., porque, si no, no habría cuento. Y ¿qué iba a ser de nosotros sin cuento? Esto indica que hasta las equivocaciones son útiles a veces; de modo que no hay que reírse mucho de las personas mayores aunque hagan algo que no esté bien. Después de todo, bien sabéis que casi nunca ocurre tal cosa.

Era un ómnibus verde y dorado muy nuevecito, y dentro tenía unos almohadones verdes también y muy blancos. Matilde y su aya lo disfrutaban ellas solas, y la niña empezó a sentirse más a gusto, sobre todo luego que consiguió romper un pespunte del hombro, con lo cual el vestido le estaba un poco menos apretado.

Entonces dijo—: Siento haberme enfadado, querida Felisa.

—Así debe ser — contestó ella, sin añadir que también sentía haberse irritado; pero no esperéis nunca que diga cosas por el estilo una persona mayor.

No era, ciertamente, aquel ómnibus el que debían haber tomado porque en lugar de ir dando tumbos por calles largas y polvorientas, iba despacito y muy suavemente por una verde pradera, con setos floridos y árboles verdes. Tan encantada iba Matilde, que no se movía, cosa rara en ella. Felisa iba leyendo un novelón, "La Venganza de Lady Constanza", y no se enteraba de más.

—No importa; yo no se lo digo — pensó Matilde—. Mandaría parar el ómnibus, quieras que no—. Paró, al fin, el ómnibus, por su propia voluntad. Felisa se guardó la novela en el bolsillo y saltó afuera.

—¡Anda!, ¿qué es esto? — exclamó, y corriendo se fué hacia donde los caballos estaban. Eran blancos, con arneses verdes, y tenían larguísimas colas.

—Oiga, joven — dijo Felisa al conductor del ómnibus—, nos ha traído usted a un sitio equivocado. Esto no es Quintasería; no lo es.

El conductor era el más gallardo conductor de ómnibus que jamás se viera, y su traje tan hermoso como él. Llevaba medias y camisa de seda blanca, con rizada pechera, levitón y calzas de color verde y oro, lo mismo que el sombrero de tres picos, que se quitó muy cortésmente cuando Felisa le hablaba.

—Temo —dijo con la mayor amabilidad— que por una circunstancia fortuita y lamentable se hayan equivocado ustedes de ómnibus.

—¿Y cuándo regresa?

—Este ómnibus no hace viajes de regreso. sale de la ciudad una vez al mes, pero no vuelve.

—Pero tendrá que ir allá, aun que no sea más que para volver a salir — indicó Matilde.

—Para cada viaje se pone un ómnibus nuevo — dijo el conductor, volviendo a saludar con su sombrero de tres picos.

—¿Y qué se hace de los viejos?

—¡Ah! — dijo el cochero, sonriente—, según y conforme. Nadie lo puede saber de antemano, porque hoy las cosas cambian muy rápidamente. Adiós, y muchas gracias. No, señora, de ninguna manera.

Y rechazando la moneda que Felisa le ofrecía, se alejó en su coche a toda velocidad.

No, no era aquello Quintasería, y bien lo advirtieron en cuanto miraron alrededor. El ómnibus que por equivocación habían tomado las dejó en un extraño pueblo, el pueblo más limpio, más agradable, más rojo, más verde, más pulcro, más bonito del mundo. Agrupábanse las casas en torno a una verde pradera donde los niños jugaban vestidos con claros trajes o amplios delantalillos. En tan dichoso lugar no se concebía un vestido que tirase por debajo del brazo. Matilde, envalentonada, se saltó dos o tres corchetes y rompió un poquito más la costura del hombro.

Pero las tiendas parecían algo estrafalarias, según advirtió. Sus nombres no indicaban las cosas que en ellas se vendían. Por ejemplo, allí donde ponía "Elías Antúnez, hojalatero", ostentábanse en el escaparate hogazas y bollos; la tienda que tenía rótulo de "Panadería" estaba llena de cochecitos de niño; el tendero de comestibles y el constructor de carros parecían haber hecho trueque de nombres o de mercancías y la señorita Amalia, modista, exponía al público salchichas y tocino.

—Qué país tan bonito y tan de broma! — exclamó Matilde—. Me alegro de que nos hayamos equivocado de ómnibus.

Un niño de pocos años que llevaba delantal amarillo se acercó a ellas.

—Dispensen — insinuó con finura, — pero todo extranjero tiene que ser conducido inmediatamente ante el rey. Hagan el favor de seguirme.

—¡Vaya un descaro! —dijo Felisa—. ¿Extranjeras nosotras? ¿Y tú, quién eres?

—Yo —repuso el niño haciéndole una reverencia profunda— soy el presidente del consejo de ministros. Ya sé que no lo parezco, pero en ocasiones las apariencias engañan. Es posible que mañana vuelva a tomar mi propia figura.

Algo murmuró entre dientes Felisa, que no llegó a oídos del muchacho. Matilde pescó algunas palabras: "azotes", "a la cama", "pan y agua", que le eran muy familiares.

—¡Qué juego tan bonito!— dijo Matilde al niño—. Yo también quiero jugar.

El frunció el ceño.

—Les intimo a que vengan inmediatamente —dijo en tono tan severo, que la misma Felisa se quedó un poco asustada—. El palacio de Su Majestad está por este lado—. Echó a andar, y Matilde, dando un brinco, se soltó de la mano de su aya y se fué tras él. De modo que Felisa no tuvo más remedio que seguirlos, sin dejar de gruñir.

El palacio estaba en medio de un vasto parque verde, engalanado con flores blancas. No se parecía a otros palacios reales, al de Madrid, o al de San Jaime, por ejemplo, puesto que era muy hermoso y estaba muy limpio. Al entrar vieron que las colgaduras eran de seda verde. Verde y oro era la librea de los lacayos, y los trajes de los palaciegos ostentaban los mismos colores.

Matilde y Felisa tuvieron que esperar unos instantes a que el rey cambiase de cetro y se pusiese una corona nuevecita, y luego las pasaron a la cámara de audiencias. El rey salió a su encuentro.

—¡No sé cómo agradecer la visita, viniendo ustedes de tan lejos! —exclamó—. Por supuesto, vivirán en palacio? — continuó mirando con interés a Matilde.

—¿Se siente usted a gusto? — le preguntó, dudoso. Y como Matilde, para ser muchacha, era bastante amiga de decir la verdad, le contestó en seguida:

—No; este vestido me aprieta alrededor de los brazos.

¡—Ah! —dijo el rey—, ¿y no traen equipaje? Puede que algún vestido de la princesa... uno de los antiguos, eso es... Y esta señora es su doncella... ¿verdad?

En aquel punto una pesada risa atravesó resonante el salón. El rey, desconcertado, miró en torno suyo, como en espera de que ocurriese algo; pero, al parecer, nada ocurría.

—Sí —le contestó Matilde—, es Felisa... Pero... ¿qué es eso?...

Porque, ante sus ojos, el aya experimentaba un cambio terrible. Al cabo de un instante, de



T U K A N

la primitiva Felisa sólo quedaban las botas y el último volante de la falda: todo lo demás se había convertido en hierro barnizado de rojo y en cristal, y mientras Matilde miraba, el volante inferior se iba poniendo también plano, duro, cuadrado y los dos pies se convertían en cuatro pies de hierro, sin que ya hubiese Felisa por ninguna parte.

—¡Hija mía —dijo el rey a Matilde— tu doncella se ha convertido en máquina automática!

Y era así. La niñera se había convertido en una de esas máquinas que se ven a la entrada de los teatros, codiciosas, arrebatadoras, que os dejan sin una moneda de diez céntimos y os dan, en su lugar, una pieza de chocolate, sin devolver siquiera un perro chico.

Pero no era chocolate lo que se veía a través de los cristales de la máquina que antes era Felisa, sino unos papelitos enrollados.

El rey alargó en silencio a Matilde unas monedas. Matilde echó una dentro de la máquina, y tiró del cajoncito. Dentro había un papel; lo desenvolvió Matilde y leyó: "No seas pesada". Repitió la suerte, y el que entonces sacó decía: "Si no te estás quieta, se lo digo a mamá en cuanto llegue". El que sacó después: "Quite usted de ahí, niña fastidiosa". Entonces Matilde se dió cuenta de lo ocurrido.

—Sí —dijo el rey—. No es posible la duda. Tu doncella se ha convertido en máquina automática de regañar. Pero no importa, hija mía, mañana será otra cosa.

—No se apure, que más me gusta así —replicó vivamente Matilde—. Ya verá cómo no tengo necesidad e echarle más monedas.

—Pero no vamos a ser descorteses ni olvidadizos —contestó amable el rey, echando una moneda por la abertura, y lo que sacó fué esto:

"No te pongas pesado. Ya verás dentro de un minuto".

—No puedo hacer nada por ella —continuó el rey, pesaroso—. No tiene usted idea de lo rápidamente que cambian aquí las cosas. Ocurre esto porque... pero ya se lo referiré todo cuando tomemos el te. Que la doncella la acompañe ahora, hija mía, a ver si entre los vestidos de la princesa hay alguno que le puede servir.

Una doncella linda y amable condujo a Matilde a las habitaciones de la princesa, le quitó el traje que tanto daño le hacía y le puso una bata de seda verde, tan suave que parecía hecha de plumón; Matilde, al verse tan cómoda, le dió un beso, de puro alegre que se puso.

—Y ahora, señorita, ¿querrá ver a la princesa, verdad? Cuidado, no se lastime con ella. ¡Es tan afilada!

Esto no lo entendió Matilde hasta después.

La guió la doncella por varios corredores de mármol, hízole subir y bajar muchas escaleras, de mármol también, y por último llegaron a un jardín cuajadito de rosas blancas, en medio del cual estaba la pricensa, vestida de blanco y sentada sobre un almohadón de rosa, tan grueso como un colchón de pluma.

Al ver a Matilde se levantó. Era como vara y media de cinta blanca, sostenida sobre uno de sus extremos y un poco encorvada; vara y media de cinta un poco ancha, naturalmente; pero lo que para cinta sería ancho, para princesa era bastante estrecho.

—¿Cómo está usted? — preguntó Matilde, que sabía bien la Urbanidad.

—Delgadísima, gracias —contestó la princesa—. Y así era en efecto. Tenía la cara tan blanca y fina que parecía hecha de una conchita de ostra; las manos, finas y blancas, a Matilde le parecieron espinas; negros eran el cabello y los ojos. Matilde pensó que un poco más gruesa, hubiese sido bonita. Cuando le tendió la mano, sintió que unos huesos la lastimaban.

La princesa parecía complacerse en la visita y la invitó a sentarse en el almohadón mismo en que Su Alteza se sentaba.

—Tengo que andar con mucho cuidado para no partirme —dijo—; por eso es tan suave este cojín; y no puedo jugar, no sea que me ocurra un accidente. ¿Sabe usted algún juego en que se pueda estar sentada?

Matilde no sabía más juego que el de la cunita, y se lo enseñó a la princesa, poniéndose las dos a jugar sentadas en el verde almohadón; la princesa, con sus dedos espinosos, mostrábase mucho más hábil que Matilde con sus manazas rojas.

Mientras jugaban, no cesaba Matilde de mirar en torno suyo, admirándose de todo y preguntando, naturalmente, muchas cosas. Sujeto con una cadena a una alcántara, dentro de una jaula, a decir verdad, que ocupaba un lado entero del jardín había un pájaro que tenía cresta amarilla como las cacatúas y largo pico como los tucanes (Si no sabíis lo que es un tucán, no sois dignos de que os vuelvan a llevar al Jardín Zoológico.

—¿Qué pájaro es ese? — preguntó Matilde.

—¡Ah! —dijo le princesa—, es mi Kakatukán favorito; un ave de mucho valor. Si se muriera o lo robasen, Tierra Verde se pondría tan mustia como el país más miserable del mundo.

—¡Qué horror! —comentó Matilde.

—Claro está que yo no he visto los lugares más miserables del mundo —añadió la princesa, estremeciéndose—; pero por la Geografía sé que los hay.

—¿Sabe usted mucha Geografía?

—Hasta las exportaciones e importaciones de cada país — contestó la princesa—. Pero, adiós. Estoy tan débil, que tengo que descansar a menudo para no perder fuerzas. Doncella, acompáñala.

Acompañó la doncella a Matilde hasta un salón maravilloso, en donde se entretuvo hasta la hora del te con toda clase de juguetes de los que veis en las tiendas y se os antojan cuando alguien va a compraros una caja de construcciones o un rompecabezas; esos juguetes que no os compran nunca porque son muy caros.

Matilde tomó el te en compañía del rey. Era verdaderamente un hombre bien educado y trató a Matilde como si ella fuese persona mayor, de modo que la niña se sentía dichosa en extremo y se portaba admirablemente.

El rey le contó sus quebraderos de cabeza

—Ya lo ves —comenzó—. Tierra Verde era un país agradabilísimo en otro tiempo. Hoy mismo tiene sus encantos, pero ya no es lo que era. Ese pajarraco, ese Kakatukán tiene la culpa, y ni a matarle ni a echarle nos atrevemos. Cada vez que se ríe, ocasiona un cambio. Mira mi primer ministro: era un hombretón que no cabía por esa puerta, y ahora, en cambio, puedo levantarle con una mano sola. Y mira también lo de tu pobre doncella. Ese pajarraco tiene la culpa de todo.

—Pero ¿por qué se ríe? —preguntó Matilde.

—No lo sé a punto fijo —contestó el rey—; no veo nada que pueda hacerle reír.

—¿Por qué no le hacen estudiar o algo desagradable por el estilo, a ver si se entristece?

—Ya lo he intentado todo, créeme, hija mía Pero no hay profesor capaz de dar lecciones a ese pajarraco.

—¿Y qué es lo que come?

—Tortas de Reyes. Pero lo mismo da una cosa que otra. Ese avechucho es capaz de reírse aunque se le alimente con garbanzos crudos.

Suspiró Su Majestad y dió a Matilde una rebanadita de pan con manteca. Luego continuó:

—No tienes idea de las cosas que ocurren. Un día que celebramos consejo, todos mis ministros se volvieron niños de pecho con calcetines amarillos. Y no podemos dar decreto ninguno hasta que no recobren su ser primitivo. Ellos no tiene la culpa, y yo no puedo proveer sus vacantes, claro está; ¡pobrecillos!

—Naturalmente — asintió Matilde.

—Había cierto dragón — fué diciendo el Rey —, y cuando se presentó aquí yo ofrecí la mano de la Princesa y la mitad de mi reino al que lo matara. Es lo que se suele ofrecer como recompensa, según sabrás.

—Sí — dijo Matilde.

—Bueno, pues de tierras muy lejanas llegó un Príncipe joven y respetable, y todo el mundo acudió a verle luchar con el dragón. Hubo quien pagó más de setenta y cinco céntimos por un asiento de primera fila, te lo aseguro. Sonó la trompeta, como para indicar al dragón que ya era hora de comer; tiró el príncipe de su brillante espada, lanzamos todos un grito, y en aquel momento el condenado avechucho se echó a reír, el dragón se convirtió en un gato, y el Príncipe, que tenía la espada en alto, no pudo contener su empuje y le mató. El populacho estaba furioso.

—¿Y qué sucedió entonces? — preguntó Matilde.

—Yo, por mi parte, hice cuanto estaba en mi mano. Dije que le concedería la de la Princesa como si tal cosa, acompañé al Principe hasta el palacio, y cuando llegamos aquí, el Kakatukán había vuelto a echarse a reír, y la Princesa se había convertido en una viejísima institutriz alemana. El Príncipe se volvió a su país corriendo y de mal humor. A los dos o tres días la Princesa volvió a tomar su figura. ¡Qué tiempos aquellos, hija mía!

—¡Ya sufrirían ustedes! — dijo Matilde tomando un sorbo de zarzaparrilla.

—¡Bien puedes decirlo! — contestó el desventurado monarca—. Pero si fuera a contar los disturbios que ese pájaro ha traído a mi pobre reino, te entretendría hasta mucho más tarde de lo conveniente.

—No importa — dijo Matilde con amabilidad—. Cuénteme algo más.

—¡Pensar — continuó el Rey —, pensar que una leve carcajada del repugnante bicharraco volvió rojas y vulgares las fisonomías de mi larga serie de antepasados! Todos ellos empezaron a renunciar a sus títulos y a decir que se llamaban Fulanos o Zutanos, los nombres más vulgares.

—¡Qué horror!

—Y una vez — prosiguió, lanzando un gemido — se rió tan fuerte, que fueron a caer juntos dos domingos, y el jueves siguiente se perdió y fué a colocarse después de Nochebuena. Pero — dijo súbitamente — ya es hora de irse a acostar.

—¿Me retiro? — preguntó Matilde.

—Sí haz el favor — dijo el Rey —. Siempre cuento estas cosas trágicas a los extranjeros, por si alguno hubiese tan inteligente que pudiera ayudarme. Tú eres una muchacha muy simpática. ¿Te tienes también por inteligente?

Es muy agradable que le pregunten a uno si es inteligente. Tía-abuela Pilar sabe ya que "uno" no lo es; pero los Reyes están muy bien educados y Matilde se sintió muy satisfecha.

—No me tengo por inteligente —empezó a decir para no faltar a la verdad; mas, de pronto, el sonido de una carcajada ronca atravesó el comedor de gala. Matilde se llevó las manos a la cabeza.

—¡Ay! — gritó —. ¡Qué cambiada me siento!... Espere un instante... ¿Qué es esto?... ¡Ay!

Permaneció un instante callada, y luego, mirando al Rey, le dijo:

—No estaba en lo cierto, Majestad. Soy inteligente y reconozco que no me conviene estar en vela hasta muy tarde. Buenas noches. Le agradezco mucho su noble invitación. Me parece que mañana por la mañana tendré inteligencia bastante para darle ayuda, a no ser que el pájaro, riéndose otra vez, me vuelva a convertir en la Matilde de antes.

Pero a la mañana siguiente, Matilde sentía en su cabeza una lucidez extraordinaria; sólo que cuando bajó a almorzar combinando proyectos para ayudar al Rey, se encontró con que el Kakatukán debía de haberse reído durante la noche, porque el hermoso palacio se había convertido en tienda de carnicero, y el Rey, harto prudente para luchar con el Destino, se había despojado de sus regias vestiduras y estaba ocupadísimo en pesar media libra de chuletas de cordero para una niña que llevaba una cesta.

—No sé en qué vas a ayudarme ahora — dijo en tono desesperado —; mientras el palacio esté así, no hay que echárselas de Rey ni de cosa por el estilo; trataré solamente de ser un buen carnicero. Si quieres llevarme las cuentas hasta que el pájaro se ría otra vez y me devuelva mi palacio...

(Continuará en el número próximo)



EL AGUA GRANDE

UNA vez era una viuda que tenía un hijo. El hijo tenía uen corazón y todas las gentes le amaban. Un día el niño le dijo a su madre: "Todos los demás niños tienen abuela y yo no la tengo. Esto me da mucha pena". "Te buscaremos una abuela" — dijo la madre.

Un día se presentó una vieja mendiga muy pobre y muy débil. A verla, el niño le dijo: "Tú serás mi abuela". Se fué en busca de su madre y le dijo: "Ahí fuera hay una pobre; yo quiero que sea mi abuela". La madre se mostró conforme y la mandó que entrase. Pero la vieja estaba muy sucia y muy llena de miseria. El niño le dijo a su madre: "Ven, vamos a lavar a la abuela". La lavaron. Pero también tenía muchos piojos. Se los buscaron todos y los echaron en un puchero, que se llenó hasta arriba. La abuela dijo entonces: "No los tiréis; enterradlos en el jardín. Y no los desenterréis hasta que venga el agua grande". "¿Y cuándo vendrá el agua grande?" — preguntó el chico. "El agua grande vendrá cuando se pongan rojos los dos leones de piedra que hay delante de la cárcel" — dijo la abuela.

Entonces el niño corrió a ver los dos leones; pero sus ojos no estaban rojos. La abuela le dijo: "Haz un barquito de madera y guárdalo en una cajita". Así lo hizo el niño. Todos los días se iba a la cárcel y se quedaba mirando a los leones; de manera que los que pasaban por la calle se asombraban de verle.

Un día, al pasar por delante de una pollería, el pollero le preguntó por qué iba todos los días a ver los leones. El niño dijo: "Cuando los ojos de los leones se pongan rojos, vendrá el agua grande". El pollero se rió de él. A la mañana siguiente cogió sangre de pollo y pintó con ella los ojos de los leones. Al ver el niño que los ojos de los leones se habían puesto rojos, corrió a casa y se lo dijo a su madre y a su abuela. La abuela dijo entonces: "¡Desentierra en seguida el puchero y saca el barquito de la caja!" Al desenterrar el puchero se encontraron con que estaba lleno de perlas; y el barquito fué creciendo, creciendo, hasta convertirse en un barco grande de verdad. La abuela dijo: "Coged el puchero y subíos al barco. Cuando venga el agua grande, salvad a los animales que vengan a vosotros, pero no a los hombres, a esas cabezas negras". Se subieron al barco y la abuela desapareció.

Entonces empezó a llover. La lluvia bajaba del cielo cada vez con más fuerza. Finalmente no eran ya gotas sueltas sino una corriente que lo inundaba todo. Pasó un perro, arrastrado por el agua, y le salvaron metiéndolo en el barco. A poco llegó un par de ratones con sus crías que chillaban de miedo y los salvaron también. El agua llegaba ya a los tejados de las casas. En un tejado había un gato encogido, que maullaba lastimosamente; lo recogieron también en el barco. El agua subía cada vez más y llegaba a las copas de los árboles. Sobre un árbol había un cuervo que movía las alas y graznaba. Lo recogieron también. Finalmente llegó volando un enjambre de abejas. Los animales completamente mojados apenas podían ya volar.

También dejaron a las abejas que entrasen en el barco. Por último apareció un hombre de pelo negro, flotando por encima de las olas. El niño dijo: "Madre, vamos a salvarle también". La madre no quería. "La abuela nos ha dicho que no salvemos a ninguna cabeza negra". Pero el niño insistió: "Vamos a salvar al hombre. Me da compasión, y no puedo ver cómo se lo llevan las aguas". Salvaron también al hombre.

Poco a poco fueron bajando las aguas. Salieron entonces del barco y se despidieron del hombre y de los animales. El barco volvió a hacerse tan pequeño, que le metieron otra vez en la caja.

Pero el hombre había sentido la codicia de las perlas. Se fué en busca del juez y acuso al niño y a la madre. Los metieron a los dos en la cárcel. En esto llegaron los ratones e hicieron un agujero en las paredes. Por el agujero entró el perro y les trajo carne. El gato les trajo pan, y así no pasaron hambre en la cárcel. En cuanto al cuervo, se echó a volar y volvió con una carta para el juez. La carta estaba escrita por un diós y decía: "Peregriné por el mundo disfrazado de mendiga. El niño y su madre me recogieron. El niño me trató como su abuela y no tuvo repugnancia en lavar mi suciedad. Por eso les he salvado del agua grande, con que destrocé a la ciudad pecadora en que vivían. Ponlos en libertad, juez, pues de lo contrario, caerá sobre ti la desgracia".

El juez les hizo venir a su presencia y les preguntó lo que habían hecho y cómo se habían salvado del agua. Se lo contaron todo y el juez vió que estaba de acuerdo con la carta del dios. En vista de esto, castigó al hombre que los había denunciado y los puso en libertad.

Cuando el niño se hubo hecho ya hombre, llegó un día a una ciudad. En la ciudad había mucha gente y se decía que la princesa quería casarse. Pero para encontrar al hombre que la mereciese, se había metido en una litera, cubierta con un velo y había mandado que la transportarsen, junto con otras muchas literas, a la plaza del mercado. En todas las literas había mujeres con velos y una de ellas era la princesa. El que acertase con la litera en que iba la princesa, se casaría con ella. El muchacho se fué también allá y al llegar a la plaza, vió que las abejas, a quienes había salvado del agua grande, zumbaban todas alrededor de una sola litera. Se acercó a la litera y, en efecto, en ella estaba la princesa. Se celebró la boda y vivieron dichosos hasta el fin de sus días.

Las Monedas del Niño Peregrino

Esto es en la sierra brava, en las cumbres que al Oeste de las vegas del Guadalquivir se recortan verdinegras e imponentes sobre el infinito azul.

El día amanece entre neblinas, que luego el sol disipa al trasmontar la cumbre festoneada de castaños. La luz enciende fugaces chispas de plata en las hojas mojadas, y la brisa, al agitarlas, hace que una fría aspersión caiga sobre los surcos labrados...

Se van tiñendo de oro rosa las blancas casas campesinas de tejado rojizo... la yedra fiel contornea de ramalazos verdes el cubo del molino en que la lleva vuelca sus aguas tumultuosas para que la muela comience su vertiginosa marcha al son de la tarabilla. Unos nogales gigantescos sirven de fondo.

El cacho de huerta contiguo muestra sus canteros de tierra dormida, libre de toda planta, y allá en la linde los castaños abren pródigos sus erizos para dejar caer el orondo fruto marrón, que, luego, en los zarzos, dará cuenta de su lozanía. En la zahurda, a cuya puerta se ven algunos haces de taramas varias gastadas, piedras de moler, los cerdos cebados y los verracos lucios han logrado volcar el dornajo para emporcarse en su agua maloliente. En el bardal picotean las gallinas, disputándose, con los gorriones, las aechaduras del trigo, limpio para ir a la tolva.

Por la chimenea de caballete sale un denso humo, moteado de estrellitas de fuego, que apaga en seguida el frío de la mañana. Es que en el hogar enciende lumbre el molinero para que se caliente el agua de la caldera, colgada de la renegrida cadena del llar... Junto a los tueros pone luego las trébedes, apoyo de la sartén donde se freirán los torreznos para hacer las migas.

Con la inquieta llama de la candelada, relucen los brillantes peroles de cobre rojo, que, con el almirez, las tapaderas estañadas y los demás objetos metálicos del menaje, penden de las escarpias...

Empiezan a chorrear rojas gotas de grasa las morcillas nuevas, colgadas en el claveteado borde del vasarillo de la chimenea de campana. A la luz inquieta del hogar, la sombra del molinero proyectada en la pared frontera, llena de arneros y cedazos, bailotea una danza de pesadilla.

Por una ventana que da al tinado asoma su grave semblante una burra de abultada panza gris, que se impacienta y lo avisa empinando las orejas, por la tardanza del pienso. El molinero, que a la sazón hace cábalas, al amor de la lumbre, sobre las ganancias que le producirán las maquilas, no hace caso de insinuaciones orejiles, y la burra lanza entonces un sonoro y prolongado rebuzno.... Las gallinas cacarean, alborotadas; los gorriones se van, despavoridos, a los aleros más altos, y los cochinos gruñen, rechazando la molesta diana tardía de la borrica preñada.

El molinero desatranca la puerta, sale al llano, abre la tajadera, y da paso al agua, que se precipita sobre la aspada rueda, poniéndola en marcha, y las artes de moler, tras un lento desperezo, comienzan la tarea del día. De nuevo está el molinero en el interior, para alimentar la tolva, vertiendo en ella el trigo de una talega restallona....

Y torna después a la tosca silla con asiento de tomiza para liar, mientras chisporrotean los sarmientos, el primer cigarro de picadura, que luego enciende con un tizón.

En esto le llega de fuera la voz infantil que canta a la puerta el romancillo lastimoso, con especial soniquete:

"La Virgen se está peinando
bajo una hermosa alameda;
los cabellos son de oro;
la cinta, de primavera.
Pasó por allí un anciano,
diciendo desta manera:
—¿Por qué no canta la rubia?
¿Por qué no canta la bella?
—¡Cómo quieres que yo cante
— contesta con mucha pena —,
si un hijo que yo crié,
más puro que la azucena
me lo están sacrificando
en una cruz de madera!"

Quién entona el romance que la musa popular, eterna por desconocida y por inmortal, compusiera es un arrapiezo sucio, mal vestido, con un ribeteado camisón de bayeta y calzón corto deshilachado, sujeto al hombro con un solo tirante de orillo; descalzo de pie y pierna, y tocado con un viejo sombrero, deformado y grande como la esperanza del pobre.

El molinero le invita a pasar — "¡Entra, muchacho!" — y le hace que se arrime a la lumbre. En seguida le parte una vera de pan, se la rocía con aceite de una alcuza mugrienta, y se la entrega..... El chico devora el desayuno, goteándole el aceite por las comisuras, y con la boca casi recalcada, vuelve a cantar, para no parecer ocioso ante quien le obsequia. Ahora la emprende con los villancicos del Niño Dios, que pronto nacerá:

"!Madre!, en la puerta está un
(niño
mas hermoso que el sol bello
llorando, que tiene frío.
¡El pobrecito está en cueros!
Su madre es del cielo,
su padre también,
y El bajó a la tierra
para padecer."

Ofrece el bueno del molinero una aliara al pequeño, y éste bebe un buche de aguardiente que le quema el gaznate.... Pero, a pesar de la quemazón, siguen enteros sus alientos de cantante agradecido:

"La Virgen del manto negro,
que por los suelos le arrastra,
lleva en su mano derecha
un lindo cáliz de plata,
para recoger la sangre
que los humildes derraman."

El molinero sonríe, manda callar al niño, y le regala un tosco caballejo de cañeja y un taco de cerbatana de saúco para que juegue.

Nadie en el campo serrano deja de ofrecer lumbre, comida y juguetes a los niños pobres que van de monte en monte y de caserío en caserío. Porque una vez...

Erase una vez, por el invierno helado, que llegó a la puerta del molino de un rico un niño vestido de peregrino, y pidió que le dejasen calentar sus carnes ateridas. El molinero rico era hombre de mal humor, y no sólo le negó sitio junto a su lumbre, sino que le azuzó al perro para que se alejase pronto. Se marchó ligero el niño, y pidiendo lo mismo en el molino de un pobre que estaba cerca, le fué otorgado de buena gana calor y comida por la bondadosa molinera, que tenía siete hijos nada menos, con los cuales jugó también cuanto quiso.

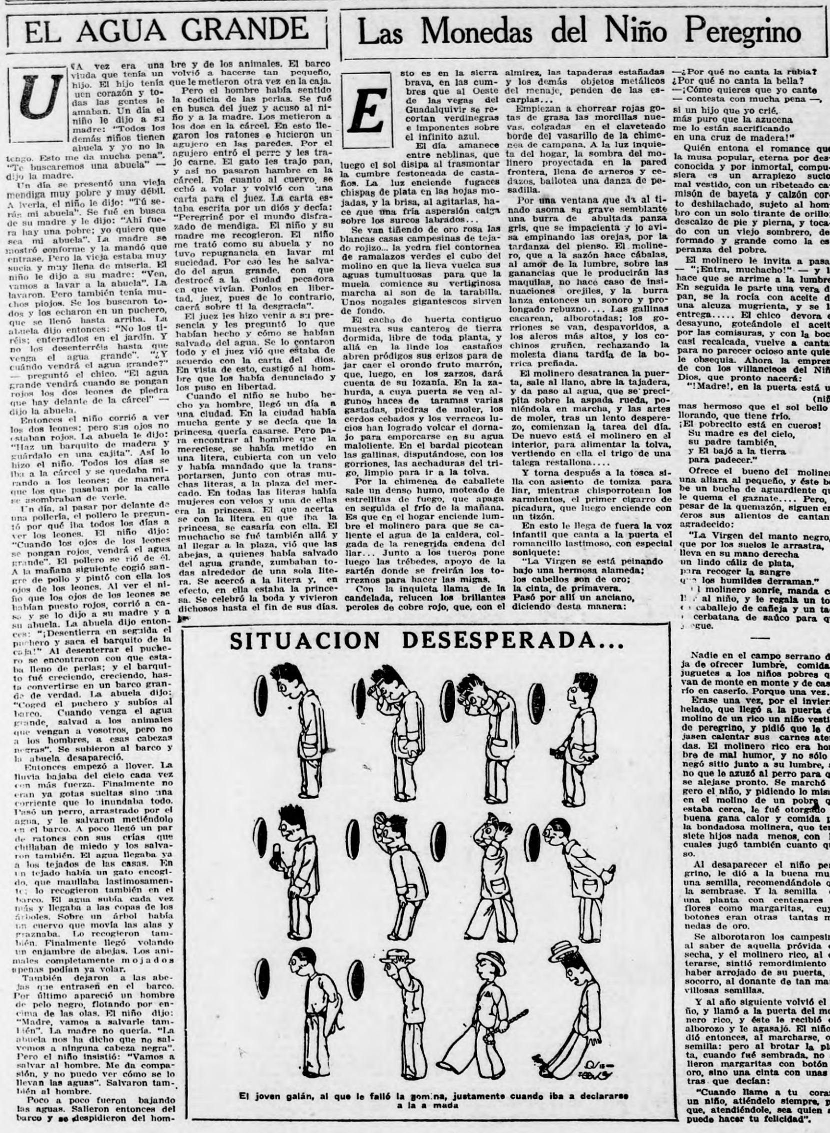
Al desaparecer el niño peregrino, le dió a la buena mujer una semilla, recomendándole que la sembrase. Y la semilla dió una planta con centenares de flores como margaritas, cuyos botones eran otras tantas monedas de oro.

Se alborotaron los campesinos al saber de aquella próvida cosecha, y el molinero rico, al enterarse, sintió remordimiento de haber arrojado de su puerta, sin socorro, al donante de tan maravillosas semillas.

Y al año siguiente volvió el niño, y llamó a la puerta del molinero rico, y éste le recibió con alborozo y le agasajó. El niño le dió entonces, al marcharse, otra semilla: pero al brotar la planta, cuando fué sembrada, no salieron margaritas con botón de oro, sino una cinta con unas letras que decían:

"Cuando llame a tu corazón un niño, atiéndelo siempre, porque, atendiéndole, sea quien sea, puede hacer tu felicidad".

SITUACION DESESPERADA...



El joven galán, al que le falló la gom!na, justamente cuando iba a declararse a la a mada

9o. Concurso del Cuento sin Final

Todas las colaboraciones para esta página deben venir dirigidas a CRITICA PARA LOS PIBES, Sarmiento 1546. Los concursos se cierran el sábado de cada semana.

NUEVA Zelandia son unas islas inglesas situadas al Este de Australia, habitadas por los maoríes. Trescientos mil habitantes. Capital antigua, Auckland, hoy Wéllington, que...

—¡Mira! haz el favor de callarte y dejar tranquilo al tío— dijo Paquito, interrumpiendo a su hermano Pepe—. Ya sabemos que eres un geógrafo, pero aquí no queremos tantos detalles: lo que deseamos oír son cosas amenas e interesantes.

—Déjale mujer, déjale, que el muchacho no ha dicho ninguna tontería, y no os vendrá mal que de paso que os enteráis de cómo viven los chicos, refresquéis el recuerdo de los datos geográficos — dijo don Manuel.

—Bueno, pero que no se ponga demasiado pesado, porque, de lo contrario ,acordaremos expulsarlo de la reunión — afirmó enérgicamente su hermano—. Siga usted, tío Manuel.

—Pues, bien, los indígenas de aquel país, que se llaman maoríes y que están bastante civilizados ya, son vigorosos y hasta más guapos que las mujeres, pero tienen un defecto físico: el de ser, por lo general, excesivamente gordos, sin duda porque la civilización les evita realizar expediciones guerreras y de caza, para procurarse alimento. Como buenos oceánicos, su ideal es no hacer nada, y cuando no necesitan dinero, su única satisfacción consiste en comer, beber y dormir. De padres semejantes es inútil decir que salen chicos de iguales condiciones en lo tocante a la holganza, y como las familias tienen buenas tierras que cultivar, su único trabajo, cuando trabajan, consiste en ayudar a sus padres en las faenas agrícolas, que no tienen nada de rudas. Entre sus diversiones predilectas o, mejor dicho, su recreo favorito, es el "haka" o danza de la guerra, una de las pocas costumbres antiguas que subsisten entre ellos.

—¿Qué danza es ésa?

—Ahora mismo os lo voy a explicar. El "haka", tal como se practica en nuestros días, es una pálida reminiscencia de lo que debió de ser en los tiempos en que tenía por objeto producir una gran excitación nerviosa a los guerreros, porque el maorí es cachazudo por naturaleza y no siente ganas de pelearse con nadie, como no sea bajo los efectos de un gran paroxismo. Lo que más llama la atención de ese bai le son las contorsiones extraordinarias, las espantosas muecas y los tremendos golpes que se asestan a sí mismos los guerreros en el pecho y en los muslos y, sobre todo, la enorme lengua que sacan al mismo tiempo que dan extrañas vueltas a los feroces ojos. Porque habéis de saber que los indígenas neo-zelandeses tienen una facilidad especial para sacar la lengua, de la cual se muestran muy orgullosos. A los dos años de edad los maoríes chiquitines sacan una lengua tan larga como sus padres. Y como esto, que no pasa de ser actualmente una especie de recreo de los mayores, tiene mucho encanto para los pequeños, éstos se dan grandes sesiones de "haka" sacando la lengua a todo sacar y haciendo cómicos gestos. También es muy curioso ver a los amiguitos cuando se encuentran en la calle, saludarse a la moda del país, frotándose las narices mutuamente con tanta fuerza cuanto mayor es el grado de intimidad.

UN FINAL INESPERADO...



...del hombre que comenzó a leer un apasionante libro de aventiuras sin fijarse en el clásico "Continúa en el segundo tomo".

RESULTADO DEL OCTAVO CONCURSO PARA LOS PIBES

A la colaboración que publicamos a continuación ha correspondido esta semana el premio de la libra esterlina. Su autor se servirá pasar por CRITICA PARA LOS PIBES, Sarmiento 1546, de 16 a 18, a fin de recoger la libra esterlina.

EL criminal se incorporó despacio como temiendo hacer ruido y luego con su compañero que había presenciado la escena se alejaron del lugar, apurando el paso hacia lo más frondoso del gran parque, pues se imaginaban que la gente del castillo estarían ya buscándolos.

Ya lejos del joven, al descansar un momento entre los arbustos y zarzas, el más desconfiado díjole a su cómplice: Tenías razón, el rapaz estaba profundamente dormido.

Pero no era así en realidad. Al ruido de los cascos de las dos cabalgaduras que se dirigían hacia el castillo de donde había partido el toque de alarma, el joven se había despertado dispuesto a proseguir su indeterminado camino de desheredado, cuando al ver a los dos siniestros personajes, fingió dormir.

Escuchó el diálogo que entablaron y aunque no percibió todas las palabras, dióse cuenta del episodio que acababa de desarrollarse en el castillo. Al verse descubierto, temió por su vida, pero luego serenándose permaneció inmóvil con el resultado que ya conocemos.

Cuando tuvo la certeza de que los malhechores ya no podían verle, su determinación fué rápida: revelar la ruta tomada por los criminales.

Aunque no sabía la dirección exacta del castillo, corrió con asombrosa agilidad por entre los árboles. Se dió cuenta recién que su vida se la debía a la serenidad que tuvo cuando sintió sobre su carne el filoso acero puesto por una de las desgarraduras de su vieja camisa... y siguió corriendo como si el criminal con el puñal entre sus manos le siguiera de cerca...

Cuando la fatiga comenzaba a invadir su cuerpo, percibió ruidos que fueron creciendo rápidamente en intensidad. Vió luego por un claro del boscoso parque, a varios hombres montados en briosos corceles y delante de ellos hermosos perros de fina raza que le hubiesen mordido a no mediar los gritos del amo que reconoció en el joven, a aquél que providencialmente encontrara durmiendo al pie del árbol cuando oyeron el toque de alarma para informarles de la ingrata nueva. Al llegar al castillo halló a uno de sus más fieles pajes, muerto de una horrible herida en el cuello, pero antes de caer había herido gravemente, de un certero tiro, a uno de los malhechores. La señora informóle de todo lo sucedido y entre sollozos lamentó el robo de sus valiosísimas alhajas.

Sin perder un instante, salió el señor con varios escuderos dispuestos a no dejar impunes a los culpables y recuperar las joyas que eran la causa de la desesperación de la señora.

El joven, después de relatarles brevemente lo acontecido, les informó del rumbo tomado por los ladrones y hacia allí partieron todos a todo correr, con la certeza plena de atraparlos. El niño siguió hacia el castillo que estaba ya cercano, pareciéndole que eran sueños todo lo que acababa de ocurrir.

Al llegar al castillo relató a la señora, con lujo de detalles, todo lo que acababa de ocurrir. Fué un consuelo para ésta al saber que estaban sobre la pista. Transcurrió así una hora que pareció a todos muy larga, cuando vieron aparecer a toda la comitiva con los dos culpables bien asegurados. Difícil es relatar el júbilo que ésto causó. La señora recuperó sus joyas, atribuyendo justicieramente al joven valeroso, gran parte del éxito. El señor al adoptarlo como lo tenía ya pensado antes que el joven demostrara tanta entereza, tuvo la seguridad que tenían esos dominios un señor digno sucesor de él.

La acción de este niño, circula de boca en boca como ejemplo de valor y serenidad.

Zulema Haydé Jacquelin, Sarandí 175. — Capital.

POR QUE SON ENEMIGOS EL PERRO Y EL GATO



ERAN un hombre y una mujer que tenían una sortija de oro. La sortija era un amuleto y el que la poseía tenía siempre lo bastante para vivir. Pero ellos no lo sabían y vendieron la sortija por poco dinero. Apenas la sortija salió de casa, empezaron a empobrecer y al fin no sabían de dónde iban a sacar para alimentarse. Tenían también un perro y un gato que pasaban hambre con ellos. Los dos animales conferenciaron, para ver cómo podrían ayudar a sus amos, devolviéndoles la suerte. Por fin el perro encontró una salida. "Tienen que recobrar la sortija" — le dijo al gato. El gato dijo: "La sortija está bién guardada en una caja que no se puede abrir". "Coge un ratón — dijo el perro —. El ratón roerá la caja y sacará la sortija. Dile que si se niega, le matarás; y lo hará."

El consejo le pareció bien al gato y cogió un ratón. Entonces se fué con él a la casa en donde estaba la caja. El perro iba detrás. Andando, andando, llegaron a un río muy ancho y como el gato no sabía nadar, el perro lo tomó a cuestas y lo pasó al otro lado. El gato llevó al ratón a la casa donde estaba la caja. El ratón hizo un agujero en la caja y sacó la sortija. El gato cogió la sortija en el hocico y volvió a la orilla del río, donde esperaba el perro, que lo pasó al otro lado. Luego emprendieron juntos el camino de vuelta, para llevarles el amuleto al amo y a su mujer.

Pero el perro no podía correr más que por encima de la tierra, y cuando se encontraban en el camino una casa, tenía que rodearla. En cambio el gato trepaba aprisa hasta el tejado y, gracias a esto, llegó mucho antes que el perro y entregó la sortija a sus amos. El amo le dijo a su mujer: "El gato es un buen animal; lo daremos siempre de comer y le cuidaremos como a nuestro propio hijo".

Cuando el perro llegó a casa, le pegaron y le insultaron porque no había trabajado para traer la sortija. El gato, sentado al hogar, refunfuñaba sin decir palabra. Entonces el perro se indignó con el gato, porque le había quitado su recompensa, y cada vez que le veía le perseguía para cogerlo.

Desde aquel día son enemigos el perro y el gato.

Aventuras del Gato con Botas

por LINAGE



ZAPIRON PROFESOR

¿CUAL ES UN OBJETO TRANSPARENTE?

¡UNA CERRADURA!

I

¿A VER QUERIDO: QUIEN MATO A TINTINETI!

¡HA, NO ME HABLE DE CRIMENES!

II

¿CREES TU QUE CUANDO TE PEGO NO ME DUELE A MI?

¡SI SEÑO PERO NO EN EL MISMO SITIO..!

III

TODOS TENEMOS CINCO DEDOS EN CADA MANO ¿VERDAD?

¡YO NO SE TENGO LAS MANOS LLENAS!

IV

COMO PREFIERES JAMON CON J O CON G?

LO QUIERO CON TOMATE

V

SI SEÑOR, MI PAPA DICE QUE SIGA NE EL AÑO PASADO EL PRIMER PREMIO DE LATIN ESTE AÑO TENGO QUE GANAR EL DE GIMNASIA PORQUE TENGO QUE PENSAR EN EL PORVENIR..!

VI

HABLAME DEL HOMBRE PRIMITIVO

¡PRIMITIVO ES UN DESGRACIADO

VII

YO NO VENGO MÁS A ESTA ESCUELA

¿PORQUE?

VIII

PORQUE ME ENSEÑA Vd. COSAS QUE YO NO SE..!

IX